



MISERICORDIA. 3ª CATEQUESIS EN LA JMJ LISBOA 2023

Lo cierto es que esas palabras con las que se nos ha introducido son ya una catequesis, y las palabras que ayer nos dirigió el Papa en ese acto de acogida que tuvimos —supongo que todos los aquí presentes ahí estuvimos— me parece que son un buen punto de partida. En mi opinión, el Papa ayer centró el balón, como cuando alguien pone el balón en el centro del campo para que ahora nosotros juguemos el partido y para que hagamos una reflexión profunda sobre qué es la misericordia y cómo vivir la misericordia. Esta es la cuestión. Dios es misericordia, pero es muy importante comprender el concepto de la misericordia y la verdad de la misericordia en toda su profundidad. Y la Sagrada Escritura para nosotros es muy importante, porque ¿cómo conocer a Dios sino a partir de su revelación? Dios se ha revelado, nos ha descubierto cómo es él.

¿Sabéis cuál es la imagen visible de la misericordia más perfecta? La imagen del Corazón de Jesús. La imagen del Corazón de Jesús traspasado por nuestros pecados es la declaración de misericordia, del amor de misericordia de Dios hacia nosotros. Quiero comenzar diciendo que el Papa ayer nos dijo: «Dios te ama como eres», ¿lo recordáis? Dios nos quiere como somos, y somos pecadores. Dios nos quiere como somos. Dios no está esperando a que seas bueno para empezar a quererte. «Si eres bueno te querré», no. Dios no puede dejar de amar a los pecadores. Nos quiere como somos, pero nos sueña distintos: nos llama a la santidad. Y las dos cosas tenemos que integrarlas. Dios te quiere como eres y al mismo tiempo, precisamente porque te ama, te llama a la santidad, porque cuando a una persona se le ama se le desea lo mejor, ¿o no? Si yo a alguien le amo, le deseo lo mejor; entonces, ¿qué te deseo? Que seas santo. Dios te quiere como eres y al mismo tiempo te llama a la santidad porque desea tu bien; no se conforma con tu mal, con que tú te autodestruyas, no puede sufrirlo.

Ayer el Santo Padre nos dijo una cosa: «En la Iglesia cabemos todos», ¿lo recordáis? Además nos dijo: «Repetid cada uno en su idioma: todos cabemos». Ahora hay que hacer un matiz: en la Iglesia, en el corazón de Dios cabemos todos, pero no cabe todo, que eso es otra cosa. Nuestro pecado tiene que ser purificado. Cabemos todos los pecadores, pero nuestro pecado —la envidia, los odios, los rencores, la lujuria, tantas cosas que existen en el mundo, el abuso de los débiles, de los pequeños—, eso no cabe en el corazón de Dios. Cabemos todos, pero no todo; no todo vale, no todo es lo mismo.

Este matiz es muy importante. Yo cuando era pequeño, cuando era joven como muchos de vosotros, recuerdo que solía ir a hacer un apostolado a la cárcel de San Sebastián, a la cárcel de Martutene. Allí, en la entrada de la cárcel, había escritas en la piedra unas palabras de San Agustín que decían: «Odia el delito y ama al delincuente». Siempre me pareció una frase impresionante. Odia el delito y ama al delincuente. Dios ama al

pecador al mismo tiempo que detesta el pecado. Dios le dijo a aquella mujer: «Nadie te ha condenado, tampoco yo te condeno; vete y no peques más». Dios ama al pecador y denosta el pecado, que es la ofensa al corazón de Dios. Estas dos cosas las tenemos que integrar en nuestra vida. Ayer el Papa nos dio el punto de partida: Dios te quiere tal y como eres, sí, y al mismo tiempo nos pide la santidad, nos pide la reconciliación, nos pide que volvamos a nacer de nuevo.

Hoy en día pasa, paradójicamente, lo contrario. Nuestra cultura, nuestra cultura sin Dios, nuestra cultura secularizada, ama el pecado y, sin embargo, después odia a los pecadores. Lo contrario del cristianismo, que ama a los pecadores y odia el pecado. Fijaros en nuestros días, por poner un ejemplo: decimos que el aborto es un derecho, el aborto es un adelanto social, ¡viva el aborto! Y luego a las mujeres embarazadas en situaciones difíciles nos importan un rábano, nadie les ayuda, y a aquellas que abortaron y están hechas polvo nadie les hace caso. Esta es la paradoja. El cristianismo dice: «Odia el delito y ama al delincuente, odia el pecado, ama al pecador», y este mundo te dice: «Viva el pecado, y todos aquellos pecadores serán nuestro objetivo número uno, no nos importa nada, pasamos de ellos como si fuesen una colilla, un excremento».

Esta paradoja creo que es importante que nos percatemos de ella, porque en gran medida nuestra cultura está deformando la palabra misericordia. ¿Qué entiende el mundo de hoy por misericordia? El mundo de hoy por misericordia entiende relativismo: «Va, tranquilo, si Dios es misericordioso, si no pasa nada, haz lo que te dé la gana, drógate, haz lo que quieras. ¿Y qué más dará si Dios es misericordioso? ¿Qué le va a importar a Dios lo que tú hagas si Dios es misericordioso?». Esa es una deformación de la palabra misericordia: confundir misericordia con relativismo, con que todo vale, da igual, no importa nada. Es una deformación de la palabra misericordia, como también es una deformación de la palabra misericordia confundir misericordia con pena, solo con un sentimiento emotivo de pena o de lástima: «Ay, me da mucha misericordia», como diciendo: «Me da pena, pero bueno, ¿qué vamos a hacer?, no hay nada que hacer». Creo que ante esas deformaciones de la palabra misericordia tenemos que tener capacidad crítica frente a ellas y descubrir que la palabra misericordia significa otra cosa. Significa que Dios te ama tanto que te introduce en su seno y te hace nuevo.

Mirad, en la Sagrada Escritura la palabra corazón y la palabra entrañas —el útero de la madre— son sinónimos, semánticamente. Decir que Dios nos lleva en su corazón es decir que Dios te lleva en sus entrañas. Decir que el corazón de Dios es misericordioso es decir que las entrañas de Dios te vuelven a gestar, y vuelves a nacer de nuevo a una vida santa, a una vida pura. Cuando Dios nos perdona, nuestra vida vuelve a nacer, somos engendrados de nuevo a una vida nueva. Misericordia no es decir: «Bueno, me das pena». Misericordia es decir: «Yo te ama tanto que te hago nuevo, que tú vuelves a nacer». Cuando Dios te perdona tus pecados, tú inicias una vida nueva; lo antiguo ha pasado, lo nuevo comienza. Esa es la misericordia de Dios. Por eso la palabra justicia y misericordia no son opuestas; se dan la mano, se funden, son una sola cosa. La misericordia, la justicia, la santidad y el amor de Dios son una misma cosa.

Añado una cosa más: tenemos un gran regalo, el Papa es un gran apóstol. Ahora mismo, según nosotros estamos aquí, ¿sabéis dónde está el Papa confesando? El Papa se ha ido allí, a todas las capillas de las confesiones, y está allí confesando. Ha querido hacer ese signo de que él mismo allí va a confesar. Os voy a decir que una de

las imágenes que a mí creo que más bien han hecho del pontificado del Papa Francisco —porque la imagen también vale mucho— es la fotografía del Papa Francisco confesándose él; el Papa Francisco poniéndose de rodillas delante del confesionario y pidiendo perdón por sus pecados. Este mundo necesita la misericordia, pero la verdadera misericordia, no el relativismo falso, no decir: «Va, no pasa nada». A Dios le duelen profundamente nuestros pecados y por eso él ha enviado a su Hijo al mundo para nuestra redención, por nuestra salvación, para que volvamos a nacer de nuevo. Cada vez que nos confesamos, cada vez que nos acercamos al sacramento de la confesión, estamos siendo bañados en la sangre redentora de Cristo y nos hace nuevos.

Este sacramento del perdón de los pecados es tan potente, es tan impresionante, que es difícil describirlo con una sola palabra, y se le llama de diversas formas: sacramento de la misericordia; sacramento de la conversión, porque expresa la llamada y respuesta de Cristo a la conversión; sacramento de la penitencia, porque consagra a nivel de sacramento el proceso penitencial de nuestra vida; sacramento de la confesión, como más popularmente lo expresamos, porque subraya ese momento más significativo en el que, como el hijo pródigo, expresamos nuestro pecado; sacramento del perdón; sacramento de la reconciliación; segundo bautismo. Que sepáis que la primera comunidad cristiana le llamaba a este sacramento el segundo bautismo. El sacramento de la confesión es el segundo bautismo, es el volver a nacer de nuevo.

Brevemente voy a hacer un repaso de cinco pasos que nos pide la Iglesia para celebrar el sacramento del perdón de los pecados, de la reconciliación, de la penitencia, de la confesión, como queráis llamarlo. Los aprendimos en el catecismo, ¿recordáis los cinco pasos? A ver si sois capaces de repetirlos conmigo, voy a hacer una prueba a ver quién ha estudiado el catecismo de verdad. A ver: primero, examen de conciencia; segundo, dolor de los pecados; tercero, propósito de enmienda; cuarto, confesar los pecados al sacerdote; y quinto, cumplir la penitencia. Bueno, hay que repasarlo, está bien. Voy a repasarlo yo.

Primero: examen de conciencia. ¿Qué es un examen de conciencia? Algunos confunden la conciencia sencillamente con su percepción subjetiva. El examen de conciencia es ponerme en presencia de Dios y pedirle la gracia de conocerme como él me conoce, mirar mi vida desde los ojos de Dios, conocer mi vida a la luz de su mirada. Eso es el examen de conciencia. Por desgracia, hoy en día, de la conciencia hemos hecho un «allá cada uno con su conciencia», como diciendo: «Cada uno que haga lo que le dé la gana». Perdón, estamos deformando, igual que hemos deformado la palabra misericordia, ahora deformamos la palabra conciencia. La conciencia es la presencia oculta de Dios en nuestra vida y nos habla; nos habla en ese remordimiento que tienes porque no estás en paz, porque sabes que no has obrado bien, no estás a gusto, no estás feliz contigo mismo. Ahí hay una voz de Dios implícita que tienes que saber reconocer. La conciencia tiene que estar iluminada por la palabra de Dios, que es lámpara para nuestro camino, luz en nuestro sendero. Vivir en conciencia es dejarse iluminar por la palabra de Dios. Por lo tanto, el examen de conciencia es: ponte en presencia de Dios y percibe cómo eres mirado por Dios; qué te pide Dios que cambies en tu vida, deja que él te hable, deja que él te interpele. No te pongas a la defensiva delante de Dios, no pretendas justificarte delante de él.

Segundo lugar: dolor de los pecados. Dolor de los pecados significa que cuando uno ha caído en la cuenta de lo bueno que es Dios, de su infinita misericordia, y de cómo yo he sido un desagradecido, en ese momento me duele profundamente haberle ofendido a Dios. No que me duele que yo he fallado, que me da rabia de que yo no he conseguido mi objetivo; a veces tenemos mucho de eso, tengo rabia de mí mismo porque he fallado, me doy asco de mí mismo, no estoy a gusto conmigo mismo. Oye, ¿por qué no dejamos de mirarnos tanto al yo y miramos al Corazón de Dios? El hijo pródigo cuando se arrepintió de verdad no fue cuando se vio mal y cuidando cerdos y dijo: «Volveré a casa de mi padre». Cuando se arrepintió de verdad es cuando vio cómo su padre salía a buscarle, y cuando vio qué abrazo le había pegado, y cuando dijo: «Si mi padre se ha pegado este alegrón, se ha alegrado de esta manera por mi retorno, ¿cuánto no habrá sufrido por mi ausencia?». Y entonces tuvo su verdadero momento de dolor de sus pecados. En el fondo, el dolor de contrición es la pena, el sufrimiento por haber ofendido a Dios y la alegría inmensa por saberse perdonado. A veces, no sé si habéis visto la película de La Misión, pero la verdad es que hay una escena en la que en el momento en el que el protagonista comienza a llorar profundamente por lo que ha hecho, por haber matado a su hermano, con un arrepentimiento tremendo, al final esas lágrimas son de alegría. Comienzan siendo lágrimas de dolor y terminan siendo lágrimas de alegría porque sabe que Dios le ha perdonado.

Tercero: propósito de enmienda. Yo no tengo seguridad en mí mismo. ¿Tú estás seguro de que no vas a pecar nunca más en tu vida? Señor, yo no me fío de mis fuerzas, no me fío de mis fuerzas; pero el propósito de enmienda es el estar dispuesto a cambiar en tu vida lo que haya que cambiar, lo que sea necesario reorientar para poder vivir en gracia de Dios y no volver a caer en el pecado. El Evangelio te dice: «Si tu mano te hace caer, córtatela, que más te vale ir manco al Reino de los Cielos que ir a la perdición con las dos manos». Es decir, como os podéis imaginar, el Evangelio no nos está animando a la amputación, sino lo que está diciendo es que tenemos que ser radicales en cortar con las situaciones que nos llevan al pecado. Es así. Yo sé que en determinadas situaciones soy fácil presa del pecado; bueno, pues lo que dice el propósito de enmienda es que Dios nos pide la «determinada determinación» —que esa es una palabra de Santa Teresa de Jesús—, determinada determinación de romper con las situaciones en las que sabemos que nos llevan al pecado.

Cuarto: confesar los pecados al sacerdote. Bendito sacerdocio que nos ofrece el perdón de Cristo, bendito sacerdocio que nos hace escuchar las palabras: «Yo te perdono tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo». Bendito sacerdote que representa a Jesucristo en el momento del sacramento de la confesión. Él tiene —todos lo sabemos— ese deber de guardar el secreto de confesión si es necesario con su propia vida, porque no es otra cosa sino sacramento de la presencia de Cristo ante nosotros.

Y quinto paso: cumplir la penitencia. Esa penitencia que el sacerdote nos pide justo antes de recibir la absolución. Esa penitencia no deja de ser simbólica, pero es una penitencia que nos recuerda que en nuestra vida tenemos que hacer penitencia, que nos tenemos que purificar, que en esta vida hay una gran batalla dentro de nosotros y que para poder entrar en el Reino de los Cielos necesitamos purificación. «Señor, purifícame». ¿Cómo nos purificamos? Pues con la oración, con los sacrificios, con la mortificación; con lo que los niños de Fátima recibieron de la Virgen María: «Haced penitencia, haced sacrificios». Hoy en día estamos en una cultura del hedonismo, de

sencillamente vivir cómodamente, de no negarnos ningún capricho a nosotros mismos. Ese quinto punto, haced penitencia, es una llamada a tomarnos en serio el cumplir la penitencia, a tomarnos en serio la llamada a vivir la virtud de la penitencia, la negación de nuestro propio capricho. Lo que decía San Ignacio de Loyola: el agere contra, ser capaces de llevar la contra a nuestro gusto, a nuestra apetencia, para que sea la voluntad la que reine. Aunque esa penitencia que se nos pone en el sacramento de la confesión es simbólica, es un recordatorio de que el sacramento de la penitencia tiene que estar unido a la virtud de la penitencia: ser sacrificados, ser mortificados, ser caritativos también (la caridad nos purifica, la oración nos purifica).

Queridos hermanos, hoy es el día — ¿sabéis qué día es hoy? Si es que todo estaba escrito en el plan de Dios—. Es el día perfecto para hacer esta catequesis que estamos haciendo y para hacer la acción del sacramento de la confesión. Hoy es el día del Santo Cura de Ars, es el día perfecto. El viernes también es día de penitencia. El día del Santo Cura de Ars, patrono de todos los párrocos del mundo, que él nos enseñó que lo mejor del sacerdocio es perdonar los pecados. Os puedo decir una cosa, que los sacerdotes muchísimas veces confesando los pecados hemos dicho: «Solo por esta confesión que he hecho yo, merecía la pena mi vida». Dios me pidió ser sacerdote; yo muchas veces he repetido esta frase: solo por esta confesión que acabo de ver, esta persona cómo se ha arrepentido, cómo ha transformado su vida, qué verdadero arrepentimiento tiene, cómo va a comenzar una vida nueva... solo por ella merece la pena el sacerdocio. Es una bomba de misericordia, es como un parto, dar a luz una vida nueva. Pedid a Dios que haya sacerdotes que administren este sacramento.

Hermanos, ojalá este día tan señalado en nuestra vida, un cuatro de agosto en el que hemos escuchado una catequesis sobre el sacramento de la reconciliación, en el que hemos podido confesarnos muchos de nosotros, ojalá sea un día que quede marcado en nuestros corazones y nos ayude a dar un salto importante en nuestra vida, en nuestra relación con el Señor, en vivir intensamente este sacramento del perdón de los pecados.

La verdad es que, fijaros bien, a veces conocer la historia del sacramento de la penitencia y también del sacramento de la Eucaristía suele ser importante para que valoremos lo que tenemos. Los primeros cristianos, la verdad es que después del bautismo, solían confesarse una vez en su vida; por eso se le llamaba al sacramento de la reconciliación el segundo bautismo. Te habías bautizado; en el bautismo tenías el perdón de todos tus pecados. Cuando alguien se bautiza, todos sus pecados son perdonados por el bautismo, y los pecados cometidos después del bautismo se perdonan en el sacramento de la confesión, en ese segundo bautismo al que se le llamaba. Os podéis imaginar que esto fue derivando, que con el paso del tiempo todo el mundo reservaba para el final de su vida el segundo bautismo porque decían: «Después de ese ya no puedo volver a confesarme». Entonces eso generaba una cierta deformación. Y la Iglesia, que es madre y que había recibido de Jesús la promesa de que recibiría el Espíritu Santo para que poco a poco fuésemos capaces de comprender bien todo lo que Jesús nos había dicho y lo que había dejado en nuestras manos, nuestra madre Iglesia, con el paso de los siglos, fue cada vez ofreciendo mayores posibilidades para poder recibir este sacramento con mayor frecuencia.

Y lo mismo pasa con la Eucaristía. Santa Teresa de Jesús, por ejemplo, que es un poco como la cumbre de la mística en España, ella en su tiempo al año podría comulgar

cuatro o seis veces, así como mucho; porque no parecía en aquel momento que la comunión frecuente fuese prudente, parecía que algo tan santo solamente se podía recibir en situaciones muy especiales. La Iglesia fue cayendo en la cuenta poco a poco de que ese don de Jesucristo tenía que entregarlo y ofrecerlo al hombre que está hambriento y sediento de Dios, y la comunión frecuente fue siendo cada vez la tónica general de la vida de la Iglesia, y hoy es el día en que podemos comulgar todos los días y todos los domingos. O sea, que creo que es importante que caigamos en cuenta de cómo Dios en su pedagogía y la Iglesia en esa interpretación que hace —que el Señor le ha dicho a la Iglesia que ella a la luz del Espíritu Santo vaya discerniendo cómo tienen que ser administrados los sacramentos que ha puesto en nuestras manos— nos ha ido poniendo en nuestra mano mayor facilidad para poder comulgar, mayor facilidad para poder confesarnos.

Esto tiene peligros, claro que los tiene, claro que los tiene. El que uno pueda confesarse con mucha frecuencia tiene el peligro de que quizás no valore suficientemente el don que está recibiendo. El que comulgue siempre que va a misa, comulga sin plantearse mucho si está bien preparado, si está con las disposiciones adecuadas... tiene sus peligros. Jesús corre ciertos peligros al ponerse en nuestras manos y a veces nos acercamos a él sin la debida conciencia. Hoy es un buen día para decirle al Señor: «Te quiero pedir perdón por todas las confesiones que he tenido en mi vida que han sido rutinarias, sin un verdadero arrepentimiento; a veces incluso no habiéndome confesado claramente de las cosas y habiendo ocultado mi pecado». Comulgar es recibir a Jesucristo, y no lo he hecho con la plena conciencia. Entonces que nos demos cuenta de que la Iglesia ha apostado, y el Señor con la Iglesia, porque dice el Evangelio: «Lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo». La Iglesia, y el Señor con la Iglesia, ha apostado porque los dones de Dios estén a nuestro alcance, a nuestro pleno alcance, y nosotros tenemos que conmovernos por ello; decir: «Señor, ¿hasta qué punto no te estamos acogiendo como debemos acogerte?, ¿hasta qué punto la profusión de tus gracias nosotros a veces lo traducimos en falta de conciencia del don tan grande que es confesarme, volver a nacer de nuevo, recibir tu cuerpo y tu sangre, y alimentarme de ti, que tú seas mi alimento?».

¿Qué podemos decirle al Señor en un día como hoy? Pues: «Señor, quiero acercarme a ti con la conciencia de un niño». De un niño, que los niños nos pueden ayudar muchísimo en nuestra relación con Dios. A un niño le disgusta, a un niño que tiene inocencia, que no le hemos machacado su inocencia, a un niño le disgustará fallar a sus padres, porque un niño que admira a sus padres le da una pena inmensa haberles disgustado, que sus padres se hayan disgustado por él. Esa inocencia de un niño es de la que nosotros tenemos que recibir en nuestra relación con Dios: «Señor, me duele haberte disgustado, haberte ofendido; yo quiero darte alegrías, quiero darte alegrías».

Cuando yo era un niño y me acuerdo que me preparaba para la primera confesión —era muy niño porque yo hice la primera comunión con seis años, fíjate, o sea que era muy niño—, tengo muy grabado en mi memoria que había una religiosa que era francesa, que estaba allí en San Sebastián y nos preparaba para la primera comunión. Cuando nos preparaba para la confesión, me acuerdo que nos dijo: «Vosotros cuando vayáis a confesaros tenéis que abrir vuestro corazón de par en par», y nos decía: «Primero decid las cosas que más te cuesten decir, lo que más te cueste, y decirlas a lo bruto». Nos decía eso: «Di lo que más te cueste lo primero y dilo a lo bruto, como un niño». Como

un niño que no sabe tener malicia ni estrategia ninguna, sino que enseguida enseña sus cartas, enseña sus cartas con la inocencia de un niño. Cuando comulgamos tenemos que comulgar como si fuese nuestra primera comunión, nuestra última —que sabéis que le llamamos el viático a la última comunión que se le da a un enfermo o a un moribundo camino de la vida eterna—, como mi primera comunión, como mi última comunión, como mi única comunión; porque el sacramento de la confesión y el sacramento de la Eucaristía es hacernos partícipes de la redención de Jesucristo. Es como si nos hiciésemos coetáneos con los que estaban allí en el Monte Calvario, allí al pie de la cruz de Cristo, en el lugar en el que aconteció su muerte y también su resurrección, porque la resurrección de Jesús estaba allí, el sepulcro de Jesús estaba allí mismo. Y recibimos la gracia de Jesús, somos bañados por la sangre de Cristo; la muerte y resurrección de Jesús acontece en nosotros cada vez que nos confesamos.

Con una intensidad nueva, renovada, te invito a que prepares tus confesiones con esmero, y para ello qué bueno que hagamos todos los días un examen de conciencia al concluir la jornada, un examen de conciencia en que nos recogemos y a veces tomamos algunas notas, algunas notas que suele ser bueno tomarlas. Qué bueno es que hagamos ese examen de conciencia. Qué bueno es que antes de acudir a la Eucaristía la hayamos preparado un poco previamente; si no es yendo allí, pues unos minutos antes en nuestra casa, habiendo preparado las lecturas, habiéndolas reflexionado, habiéndonos preparado para ello, viviendo el ayuno eucarístico, esa hora antes sin comer de comulgar, como una preparación verdadera para la Eucaristía. Me preparo para la Eucaristía haciendo una acción de gracias después de la Eucaristía, porque cuando uno comulga tiene después el deseo de prolongar, de prolongar su encuentro con Jesús en una acción de gracias.

Yo le pido al Santo Cura de Ars hoy, le pido muchas cosas; hoy es un día para ser pedigüeño. Le pedimos muchos confesores, le pedimos muchos ministros de la Eucaristía, pero también le pido muchos fieles que valoren los dos sacramentos, los cuiden.